



1



DESDE el aparecer de la primavera he vuelto a ver cantores ambulantes. Al dar vuelta a una calle, un corro de oyentes, un *camelot* lírico, una mujer o un hombre que vende las canciones impresas. Siempre hay quienes compran esos saludos a la fragante estación con música nueva o con aire conocido. El negocio, así considerado, no es malo para los trovadores del arroyo. ¿Qué dicen? En poco estimables versos el renuevo de las plantas, la alegría de los pájaros, el cariño del sol, los besos de los labios amantes. Eso se oye en todos los barrios; y es un curioso contraste el de que podéis oír por la tarde la claudicante melodía de un aeda vagabundo en el mismo lugar en que de noche podéis estar expuesto al garrote o al puñal de un *terror* de Montmartre, o de un *apache* de Belleville. Mas, es grato sentir es-



tas callejeras músicas, y ver que hay muchas gentes que se definen a escucharlas, hombres, mujeres, ancianos, niños. La afónica guitarra casi ya no puede; los pulmones y las gargantas no le van en zaga, pero los ciudadanos sentimentales se deleitan con la romanza. Se repite el triunfo del canto. Las caras bestiales se animan, las máscaras facinerosas se suavizan; Luisa sonrfe, Luisón se enciende. El mal está contenido por unos instantes; el *voyou* ratero no piensa en extraer el portamonedas a su vecino, pues la fascinación de las notas lo ha dominado. Los cobres salen después de los bolsillos, con provecho de los improvisados hijos de Orfeo — o de Orfeón—. El cantante sigue su camino, para recomenzar más allá la misma estrofa. La canción en la calle.

El dicho de que en Francia todo acaba en canciones es de la más perfecta verdad. La canción es una expresión nacional y Beranger no es tan mal poeta como dicen por ahí. La canción que sale a la calle, vive en el *cabaret*, va al campo, ocupa su puesto en el periódico, hace filosofía, gracia, dice duelo, fisga, o simplemente comenta un hecho de gacetilla. Ya la talentosa ladrona señora Humbert anda en canciones, junto con la catástrofe de la Martinica, y la vuelta de Rusia de M. Loubet. En Buenos Aires hay poetas populares que dicen en verso los crímenes célebres o los hechos sonoros, como en Madrid los cantan los ciegos. En Londres se venden también canciones que dicen el pensar del pueblo, lleno de cosas hondas y verdaderas, «a tres peniques los cinco metros» de rimas. Ese embotella-

miento castalioperiodístico es útil a la economía de las musas.

Dos cancionistas acaban de irse a hacer una gira alrededor del mundo. Conozco a uno de ellos, a Bouyer, excelente muchacho que hace versos lindos. Ese viaje alrededor del mundo es con el objeto de hacer dinero. La empresa es loable, aunque un poco difícil. Esas cigarras corren el peligro de abandonar la lira en el camino a pesar de la *réclame* de *Le Figaro*, de la protección de las colonias y del talento de los viajeros. La canción y el cancionista parisienses fuera de París, no resultan. Siempre consideré la bella y generosa idea del Dr. Cané, en uno de sus artículos, el establecimiento de un *cabaret* artístico en Buenos Aires, como irrealizable. La canción de aquí necesita primero su idioma, sus officantes melencidos, su ambiente singular, la cultura de un auditorio ático. Ya me imagino en un café criollo, una especie de *Quaf'z-arts*, la figura de Yon Lug, por ejemplo, cantando, con su melena, y sus pantalones. ¡Pobre melena, pobres pantalones y pobre Yon Lug! Louise France no saldría dos veces. Y en cuanto a los *hyspas* que quisiesen ridiculizar a tales o cuales personajes mundanos o políticos, no quiero pensar en los percances que les sucederían.

La calle y el aire libre dan su nota especial a todo lo que en ellos pasa, cortejo, personas, música o palabra. El mismo ensueño brota en veces de la calle. ¿Quién no se ha sentido vagamente sentimental, en la tristeza de una tarde, al oír cómo brota en



fatigadas ondas de melancolía la música soñadora de un organillo limosnero? ¿No ha escrito un altísimo poeta un maravilloso poema en prosa con ese motivo?

La canción anda por las calles y callejuelas de París desde hace tiempo. Los triolés de Saint Amand nos dicen algo de las que se oían por aquí por mi vecindad, en el Pont Neuf. «Se las oye entre ocho y nueve, las raras canciones del Pont Neuf. Su papel es menos blanco que un huevo, pero mi lacayo las encuentra bellas. Las canciones del Pont Neuf se unen a los raros libelos.» El espíritu popular ha florecido siempre en las canciones, en blancos amorosos, en rosados alegres, o en los rojos furiosos de las locas carmañolas. Charles Arzano nos renueva la historia de la canción callejera desde su aparición en ese Pont Neuf y sus alrededores,

...rendez-vous des charlatans,  
Des chanteurs de chansons nouvelles.

Los cancionistas eran un poco bohemios, un poco prestidigitadores o maestros de animales sabios, perros o monos. Y sus cantos eran solos o acompañados de lamentables violas o violines. Un pobre diablo de poeta del tiempo de Saint Amand se llamaba el Perigourdin, andaba hecho una lástima, vendiendo sus composiciones o haciendo que las vendía. Luego hay otros, como el loco Guillaume, que divertía a Enrique IV y a Luis XIII. Las mazarinadas aparecieron. Scarron afilaba sus tijeras. La sátira de todos se encarnaba en volantes estrofas.

Un vent de fronde  
A soufflé ce matin:  
Je crois qu'il gronde  
Contre le Mazarin.

Las mujeres no faltan. Ya es la Mathurine compañera de Guillaume el bufón, ya la terrible verdulera «dame Anne» que andaba en el mercado y fuera de él esparciendo invectivas contra su regia tocaya de las bellas manos, Ana de Austria. Desfilan en la curiosa lista de la canción flotante, Phillipof el ciego, que

...a gueule ouverte et torse  
A voix hauteine et de toute sa force  
Se gorgiase a dire des chansons;

el cojo Guillaume de Limoges, el Apolo de la Grève, Mondor y Tabarin su criado, Bruscombille, Duchemin, y el gran charlatán barón de Grattelard. Bajo Luis XV, Minart y Leclerc, Valsiano y esa hermosa Fanchon, cantora atrevida, pródiga de su cuerpo, que llevaba encajes de Chantilly en su delantal. «Verdadera cancionista de las calles, a la Watteau, ningún *souper fin* digno de ese nombre se podía dar sin la presencia de la bella Fanchon, a quien se festejaba y se llamaba por todas partes.»

Bajo la Revolución no surge más figura que la de Angel Pitou, tan famoso en el mundo gracias a Dumas. Pero la canción callejera entonces va en coro, en grandes coros trágicos. Lleva el gorro frigio, rojo como la sangre, y en las puntas de las picas,



cabezas. Después la canción ha degenerado. No aparecen figuras concretas y notables. Los caricaturistas, como Daumier y Gavarni, se ocupan de ella como una página de miseria al servicio de la filosofía de su lápiz.

Hoy los cantores ambulantes, como he dicho, son siempre camelots que venden canciones con ocasión de un suceso cualquiera, así como venden juguetes, grabados, tarjetas postales o abanicos. Y cantan ellos del mismo modo que pronuncian discursos o *bonimensf*. La primavera es un pretexto, Víctor Hugo otro, Boulanger otro, el 14 de Julio otro; y la venta aumenta con un hecho criminal de resonancia como el asesinato de Corancez:

Ecoutez le terrible drame  
 Qu'à tous ici je vais chanter,  
 Vous en s'rez tous épouvantés  
 Et pleurerez á chaudes larmes.  
 ¡Faudrait qu'vous n'ayez rien dans l'âme  
 Si vous réfusez de me l'acheter!  
 Un père, un inmonde assassin  
 Dont le cœur n'était pas humain  
 Et quin n'est poïn digne d'estime,  
 Commit les plus horribles crimes.  
 La colère guidant sa main,  
 Il assomma tout's ses victimes.

La canción, editada generalmente en el Faubourg Saint-Denis o en la calle du Croissant, lleva su ilustración, su grabado espeluznante, o amoroso, o patriótico. Así la canción en la calle va presentada por la pintura, por la música y por la poesía. No podrá

quejarse el aficionado. Los temas cambian como la actualidad, y de este modo la profesión no tiene tiempo perdido, y la ganancia es segura. Vale más que asaltar, robar o hacer el oficio de los célebres, por ahora, Leca y Manda, dueños que fueron de la innominable *Casque d'or*.

Eugenie Buffet logró gran fama, hace algunos años, saliendo a cantar para los pobres; y en las calles de París recogió muy buenas cantidades, ayudada por su agradable figura, su buena voz y su buen talento. La vi en tiempo de la Exposición, en el París viejo, en el *Cabaret de la pomme de pin*. Y la he vuelto a ver en otro cabaret que ha hecho ruido al fundarse en Montmartre, pues no se podía conseguir el permiso para su fundación: *La Purée*. En esos *cabarets* montmartreses y en algunos del barrio Latino, se refugia la canción que guarda las tradiciones y las preeminencias de antaño, aunque muy venida a menos. Los poetas cancionistas de esos lugares son casi todos comerciantes al pormenor de talentos sin salida o sin colocación. Esos artistas que tanto han dicho y dicen de la burguesía, son servidores de ella, histriones de ella. El renombrado Fursy tiene como clientela la flor mundana y *demi*-mundana. Los poetas de su *boîte* divierten a las cortesanas y a las gentes de dinero, diciendo sátiras más o menos graciosas contra personalidades conocidas, y formando, por así decir, una gaceta lírica con todos los sucesos que llaman la atención pública. El *cabaret* de Fursy es caro como un teatro de



primer orden, y se va a él después de comer en casa de Paillard... Esa no es la canción en la calle. Es la canción del tiempo en que vivimos.

¡Ah! las ilusiones de tantos jóvenes americanos cuyas cartas recibo, en que me hablan como de un soñado paraíso intelectual de esos centros en que ellos juzgan triunfantes a la bella Poesía y al Arte adorado.

Hay, en esos centros, unos cuantos hombres de bastante talento, aquí donde *todo el mundo tiene talento*, que le saben sacar su provecho al oficio de rimar; y unos cuantos pobres diablos que cantan por unos pocos francos la romanza sentimental o la canción de *faits divers*. Y entre los concurrentes, gentes de todo pelaje, mujercitas fáciles, botticellis que se dicen eterómanas, poetastros, viejos *ratés*, o muchachos con fortuna que van a pasar el rato con su amiga. Por una hermosa poesía, muchas mediocres, escatológicas, o tontamente obscenas. Por una manifestación de arte, o de sentimiento, un sinnúmero de bufonadas sin sal ni gracia. No faltan exóticos y rastacueros que aparentan gozar con todo lo que allí se ve y oye, dando por un hecho que, para ser parisiense, hay que gustar de ello.

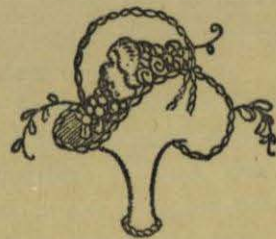
La época actual ha bastardeado las cosas del espíritu y del entendimiento y corazón. El utilitarismo y la poca fe han mermado el soñar y el sentir. La vieja lira se ha vuelto un instrumento que hay que poseer a escondidas, *en catimini*, como dicen por acá.

Las rimas en Francia están de baja. A pesar de ser Hugo divinizado, los libros de versos no tienen

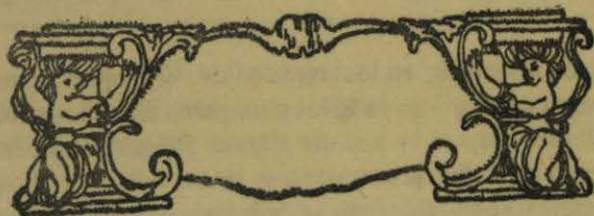
salida en las librerías, ni los poetas nuevos logran romper el hielo general. No debe ser esto signo de progreso, porque en Inglaterra y en los Estados Unidos no hay familia que no tenga su poeta favorito junto a la biblioteca del hogar.

Los poetas oficiales son como M. Rostand o como M. Sully Prudhomme... Ni unos ni otros llenan el vacío ideal. Los otros se van cada cual por su camino, mientras las sombras de Verlaine y Mallarmé desaparecen entre los cipreses oscuros de una hermosa leyenda. La canción se echa a la calle...

Prefiero oír el organillo, el «orgue de Barbarie»...







## II

**H**a habido en estos días dos exposiciones que han atraído la atención parisiense, sobre todo la de la gente elegante: una de perros, otra de flores. Tan de buen tono es una perrera de distinción, como una colección de orquídeas o crisantemos.

En la plaza de la Concordia, frente a la exposición canina, se ha instalado todos los días un grupo singular de hombres y canes, una especie de pequeño mercado al aire libre: los perros pobres, los perros de la calle, los «cuatro patas de París» cantados por Bruant cuando Bruant no tenía rentas. Es algo como el Salón de los Independientes, ante los medallados y ricos...

Ciertamente, en todo hay clases, hay jerarquías. Los perros del coloquio de Cervantes no eran del mismo rango que los que acompañan, decorativos,



a los príncipes, en los retratos de Velázquez, y un perro de ciego no es igual a un perro de millonario. El otro día, en el hall del Elysée Palace Hôtel, he visto algo que preocupaba a la servidumbre. Los *larbins* sonreían, casi se humillaban... Solicitaban una caricia, una mirada, quizá una mordida... Se trataba de los perros de la baronesa Hirsch, que andaban ahí por los salones, señores distinguidos aunque importunos y mal educados.

Allí en la exposición se ha reunido una larga cantidad y variedad del quizá extremadamente alabado animal, que usufructúa la mejor fama de fidelidad y de nobleza. Todos los pelajes y todas las formas, desde los enormes mastines hasta los perrillos redondeados como pelotas para alfileres o semejantes a manguitos. Entre los visitantes he visto personas que miraban con verdadera ternura a las notables bestias y he recordado la suscripción abierta por el *New York Herald* para un hospital de perros, y a la cual han contribuido con buenas sumas, nobles fox-terriers y blasonados galgos. Y hay, en una isla del Sena, un cementerio cínico que...

—«Cuanto más vivo entre los hombres, amo más a los perros», dejó dicho alguien. «Yo, agregé un filósofo bastante cuerdo, con quien departía junto a la gran perrera de las Tullerías, cuanto más vivo entre los hombres envidio más a los perros. De ellos es la tierra prometida y sus sucursales: París, Londres, New York. «La más noble conquista del hombre» y el perro, han logrado gran parte en el imperio del mundo.

La ocurrencia de Calígula fué un presentimiento. Antes que en París, en los Estados Unidos los perros han llegado, merced a la complacencia y al capricho de sus amos millonarios, a la filozología, parangón de las obras y del sentimiento de los filántropos. Los perros ricos han dado dinero a los perros pobres, sus hermanos desheredados. La caridad es una noble virtud.

Los perros parisienses de la *élite*, gozan de todas las ventajas de su excepcional posición. Disfrutan de ésta con un exceso chocante. Los hay que no disimulan su petulancia y su vanidad. Los hay que van solos, en los carruajes de sus amos al Bosque, en estas dulces tardes doradas de sol. Miran, desde sus cojines, con un desdén manifiesto; no bajan de su preeminencia social. Su desdén abarca a los hombres, a los hombres pobres. Son autoritarios con los perros de la clase media, y tiranos con los perros callejeros.

Jamás consentirían en una *messaliance*; tienen decoro. Hasta hoy, en este favoritismo de que gozan, la gente de buena voluntad veía algo como una coerción benéfica en los caballos y en los gatos; pero los gatos se han dado demasiado a la literatura desde Beaudelaire; y sufren, a causa del *civet* de liebre, la predilección de los cocineros de *rotiserías* mediocres. En cuanto a los caballos que se dirían exclusivamente favorecidos por las sociedades protectoras de animales, están demasiado degenerados y abatidos por un servilismo que retrogradará muchos siglos su progreso... ¡Hay el gran Prix, sí; pero hay también la hipofagia! En tanto que los perros...



Haraposos, hombres y mujeres, los del mercado improvisado de perros, estaban allí frente a la terraza de Orangerie. Les rodeaban un grupo de pobres diablos y de curiosos; y por el aspecto, muchos de ellos necesitados, hambrientos. Dentro se oía la algazara de los perros ilustres. Perros que valen una fortuna y que lo saben; perros titulados y con holgadas rentas anuales; perros que tienen cocinero, veterinario y modisto; perros *parvenus*, hijos del azar, perros cristianos y perros judíos.

¡Ah! admirable Teufelsdröckh.

«A los ojos de la lógica vulgar, ¿qué es el hombre?—¡Un bípedo omnívoro que usa calzones!» Tú serías hoy impagable para una conferencia trascendente sobre la psicología de los perros y su relación con los humanos.

A la puerta de la exposición, un gran perro, vagabundo, un verdadero «*quat'patt's de París*», sarnoso, flaco, lleno de remiendos y peladuras, pero fuerte, con una gran boca que deja ver muy firmes y agudos dientes, mira hacia adentro con ojos que sin ser humanos podrían decir muchas cosas.

¡Si él pudiera!...

Turno de las flores.

Esto es más grato. ¿Recordáis las maravillas florales de la Exposición Universal? Habría que repetir el mismo himno, que glosar el mismo canto. Flores de todos los climas, de todos los colores y de todas las formas se presentan en las *serres* nuevas, en el jardín de las Tullerías, al lado de la rue Rivoli.

La jardinería confina ya con la escultura, con la pintura, con la literatura. Hay aquí también nobleza y distinción. Junto a las rosas reinas y las princesas exóticas, están las flores de los campos, las flores rústicas que han recibido educación, que han aprendido a ser elegantes, que han aumentado y afinado sus trajes, que saben, al paso del aire, hacer cumplidas reverencias y que pueden ser cortejadas por las más exigentes mariposas. Un soplo de penetrantes aromas brota de tantas delicadas carnes, de tantas magníficas corolas. Mil formas se combinan, se juntan, y todos los tintes lucen a la luz que pasa amorosa por los vidrios de las galerías. ¡Qué vasta nomenclatura! Las familias se multiplican y se llega en ocasiones a perder el conocimiento. Rosas, ¿cuántas rosas? Claveles, ¿cuántas especies de claveles? Llamen las clemátides japonesas de colores episcopales; los geranios de todos los colores, los caladiums tropicales, las otras flores de sonantes nombres latinos y griegos; las rosas siempre, de cien, de mil nombres, desde los de las leyendas hasta los de las vulgares dedicadas a subprefectos y propietarios; las reina-margaritas, los jazmines, las múltiples violetas; las cestas de amapolas civilizadas; la anémona antigua que en el latín de Plinio como bajo el cielo se abre al soplo del aire: *Flos numquam se aperit nisi vento spirante, unde et nomen ejus*. Y otras, y otras, infinitas joyas de los *parterres*.

Las marquesas, los ministros, militares, ricos mundanos iban y venían gozando en la fiesta primaveral y perfumada.

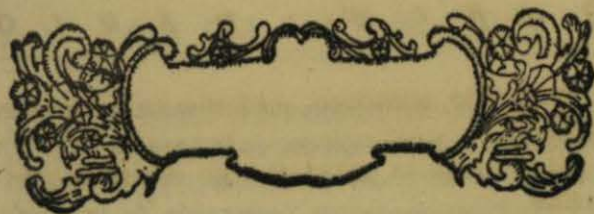


El filósofo, silencioso, meditabundo me dijo de pronto:

—La verdad es que el derecho al pan es indiscutible.

—Sí, le contesté.

—Y también este otro: que cada cual tenga en la vida su parte de rosas.



III



*ndrianamanitra mby an-trano*, en correcto malgacho, quiere decir: «El buen Dios está en la casa», lo cual se aplica, allá en Tan anarive, cuando la luz del sol invade las habitaciones. Es una manera de expresarse poética, sencilla, religiosa, como conviene a gentes salvajes, negras, desprovistas de toda civilización.

En París, capital de la cultura, cuando llega oficialmente cornacqueada la pobre reina Ranavalo, se la llama «la negrita de la rue Pauquet», se la aloja en un «garni» de segundo orden, se la pinta como una mona, en los periódicos; lo cual no obsta para que, en la estación, al llegar su majestad hova, se haya gritado, a falta de algo mejor: «¡vive la reina!»

La reinita morena—*nigra sum sed formosa*—es bastante agradable y simpática; no es, ni mucho me-



nos, una salvaje, puesto que pedalea y lee novelas francesas. Si la pensión que se la pasa no fuese tan limitada, se entregaría quizá al automovilismo. Prisionera, después de ser destronada de un modo completamente progresista, ha vivido en una villa que la sirve de jaula en Argel. Es algo en cambio de su palacio de plata, en la capital de su reino, en donde, soberana, gozaba de su libertad poderosa y de sus caprichos. La tierra de su nacimiento es de singular hermosura; y al llegar a París, no ha dejado de recordarla.

Ese país, hoy bajo la fuerza francesa, es descrito así por Pierre Mille: «Allí, dice, las tempestades mismas no obscurecen la claridad del cielo. Las estrellas no son las mismas que en Europa, y la luna es tan bella y majestuosa que los niños la llaman «abuela», queriendo significar así su respeto y su afecto por ese astro. La tierra en ese país es roja y casi sin árboles.

«Los ríos, detenidos por diques frecuentes, se extienden en los valles y favorecen así el cultivo del arroz, que rinde ciento por uno. En fin, los habitantes, siendo de origen polinesio, tienen más inocencia que virtud. Aman el amor, los niños, los cantos fáciles, y, sobre todo, la luz.»

Como véis son absolutamente bárbaros; y se ha procurado y se procura infundirles ideas nuevas e importarles diferentes artefactos, así como iniciarles en los refinados adelantos de nuestro ilustre Occidente. Como Ranavalo lee los periódicos, se ha encontrado, a su llegada, con el asunto de la secuestrada de Poitiers, una señorita encerrada por su

distinguida madre y su ex suprefecto hermano, durante un período de veinticinco años, y encontrada medio podrida en un infecto cuarto; varios procesos de delitos contra natura; un obispo estafador; un tal príncipe de Viterval, pontificio, preso por idénticos motivos; descubrimiento de torturas y castigos vergonzosos en el ejército; la cuestión dudosa del *Figaro*; y los odios antisemitas y nacionalistas. Y al enterarse habrá exclamado: ¡*Andrianamanitra mby an-trano!* lo que, como ya sabéis, quiere decir en lengua de Madagascar: ¡*El buen Dios está en la casa!*

A la reina se la dan—hay que ser justos—25.000 francos al año; lo cual representan el *revenu* de cualquiera buena burguesa retirada de sus negocios. En cambio, el militarismo nacional impuso a la honesta república la conquista de un país ya unido a Francia por lazos morales y políticos, desde el tiempo de Luis XIV. El dulce Mercier fué el alma de esta campaña heroica que costó a los franceses siete mil soldados muertos de disentería y fiebres tropicales. La toma de Tananarive no costó un solo cañonazo: la reina y los príncipes se entregaron a la generosidad de los invasores. Francia asumió el protectorado directo de la isla. Las cosas andaban muy bien y ya empezaba a reinar el bienestar en el país, cuando, con pretextos más o menos fútiles, el general Galieni, secuestró violentamente a Ranavalo, la despojó de toda autoridad, e hizo fusilar en la plaza pública a los parientes y ministros de la pobre soberana esclava.



Por eso cuando ahora la preguntan a ésta si ha tenido noticias de *la bas* se pone casi a temblar y olvida el francés que ha aprendido.—«Des nouvelles? Non, non. Jamais des nouvelles. Rasanjy? Sais pas. Philippe Razafimandimby? Sais pas!» No, no quiere saber nada. Se imaginará que la van a fusilar.

Y la sobrinita María Luisa, que se llama en malgacho Zató, tiene ya nociones de lo que es la civilización europea. Y cuando la preguntan: «¿Qué quieres ser tú cuando seas grande?» contesta:

—«¡Generall!»

El año pasado, en la Exposición, tuve oportunidad de conocer a una señora francesa que había habitado por largo tiempo en Madagascar. Llevaba consigo a una morenita hova, como de siete años, vestida con su traje nacional, de lanas y sedas rojas y blancas. El pequeño bronce vivaz tenía los más lindos ojos negros y una graciosa sonrisa que enseñaba la finura de sus preciosos dientes. Hablaba la malgachita con toda facilidad el francés y el inglés, y sus gestos y movimientos denunciaban selección de raza y origen principal. La señora contaba la historia de su bello hallazgo exótico, y es singular. Era la niña hija de un alto dignatario. Cuando los pacificadores de Galieni quisieron sofocar una pretendida rebelión, cuya causa mayor eran exacciones de colonos aventureros, no encontraron mejor medio que imponer el terror, y así fusilaron a gran parte de personajes influyentes, cuyo concurso habría sido justamente indispensable para calmar cualquier movimiento sedicioso o de protesta. Refugiados los sobrevivientes

en lo intrincado de las selvas, vivieron allí meses de hambre y angustia. Los que se atrevían a salir servían de blanco a los soldados. Por otra parte no era un sport nuevo. Los ingleses lo conocen.

Un día, después de una matanza de indígenas, encontraron abandonada a esa chicuela, en un estado de lamentable extenuación. La buena señora la recogió y después de muchos cuidados, logró salvarla. La niña contaba que por largo tiempo había vivido alimentándose de raíces. La misma señora no cesaba de alabar la inteligencia de su protegida. La raza hova—decía—es de las más nobles y fáciles de gobernar. Es verdaderamente una inmensa injusticia la que se ha cometido imponiendo el régimen militar con su séquito de excesos y sus crueldades. Actualmente todavía se impone allá la ley marcial. Fusiles y espadas dominan.

Y la niña como que quería agregar:—*Andrianamanitra mby an-tranol...*

El redactor de un periódico, recién llegada la reina Ranavalo, recibió una carta en estos términos: «Señor, quedaré muy agradecido si me explicáis por qué la reina Ranavalo ha sido recibida de otra manera que el presidente Krüger. El caso es idéntico. Ambos, víctimas de la violencia, han tenido que abandonar su patria invadida por el extranjero. La única diferencia está en que la reina ha sido despojada por hombres que usan guerreras oscuras y pantalones rojos y el presidente por soldados que tienen guerreras rojas y pantalones oscuros. Esta



diferencia es muy poco importante para que la suerte de la una sea menos interesante que la suerte del otro y despierte menos simpatías. Por lo tanto, me preguntó: ¿a qué causa atribuir la actitud tan contradictoria de la población parisiense?

La respuesta es sumamente sencilla y el periodista ha contestado en consecuencia. El inglés encuentra muy legítima su acción en el Transvaal, y condena la del francés en Madagascar; el francés considera que tenía derecho a tomarse Madagascar; pero que el inglés, al conquistar el Transvaal, se ha portado como un salteador. «Resulta, decía una notable carta publicada en *La Nación*, de Buenos Aires, que cuando la mueve su pasión, su interés o su conveniencia, la civilización europea es más bárbara que los bárbaros».

Ciertamente, entre Krüger y Ranavalo hay considerable diferencia. El viejo boer está libre y la reina no; Krüger tiene salva toda su fortuna—quince millones, por lo menos, de pesos oro—, y la reina no dispone sino de lo que el gobierno de Francia la quiere dar, en pupilaje; Krüger lee la *Biblia*, y a Ranavalo se le ha contaminado de Ohnet, Mary, y compañía. Y para colmo de desventuras de la infeliz, cuando ha adoptado las modas europeas, comprado bicicleta, aprendido un poco de piano y venido a París con licencia, se la recibe como a una macaca, se la llama negra y fea a cada paso, y poco falta para que se la proponga una contrata en un circo, para bailar la bámbula al lado de Chocolat.

Entretanto, ella recibe su pensioncita, que la viene a ser como el coronelato de Namuncurá.

Y el mariscal Waldersee vuelve ya de la China, en donde los soldados de la civilización desventraron chinitas tan monas como María Luisa Zató. En el sur de Marruecos *se pacifica*. En Cuba la enmienda Platt protege a la isla ex española. Tacna y Arica no saben a qué atenerse. En el Transvaal, Cecil Rhodes hospeda a Jameson, el del raid, en su mansión que tiene un jardín, según nos cuenta Jean Carrère, como no lo tuvieron Césares romanos, lleno de flores raras y de leones enormes prisioneros...

Decididamente, *Andrianamanitra mby an-trano*.







IV

**S**UELO encontrarme con gentes imaginativas y con gentes prácticas, con caballeros de la célula y doctores místicos, con personas que todo lo arreglan como dos y dos son cuatro y con personas que están esperando en estos momentos el caballo blanco del Apocalipsis. Toda la biblioteca Alcan me merece mucho respeto, y doble la figura de los santos padres que inspiran esa y otras bibliotecas parecidas. Los espiritualistas hasta el éxtasis y los swedenborguianos de la rue Thouin, me inspiran vagos temores que algunas risueñas ideas suelen aminorar. A propósito de una autopsia ruidosa que tuvo por anfiteatro el del hospital Saint-Antoine, y en la cual unos estudiantes de buen humor rellenaron de periódicos el cráneo de un ex gendarme—simbólica ocurrencia,—multiplicaron su hfgado y desparramaron



sus demás miembros, se ha hablado y escrito mucho en París. He oído la opinión de los de la célula, y no encuentran de particular en el hecho sino la mala administración del hospital; los del caballo blanco, por el contrario, me han prometido para dentro de muy poco tiempo, la destrucción del mundo por el fuego del cielo. No sé qué dirá la «Camarde» de la sabia tranquilidad de los unos y de las bíblicas seguridades de los otros; pero algo debe preparar después de tantas ofensas, olvidos y burlas ante los cuales ese cómico descuartizamiento de un difunto agente de orden público, es poca cosa. La verdad es que *No hay que jugar con la muerte*, y París está jugando con ella, sin mirar que desde lo obscuro de su abismo, horrible como en el fresco del campo-santo pisano, esa flaca fatal ve mucho más allá de sus ausentes narices.

Desde luego el olvido. ¿Quién recuerda, en el bullicio de esta vida de continuos placeres en la lucha incesante por el dinero, por la posición o por la fama—que todo en el fondo es uno,—quién recuerda que tiene que morir? Es el perpetuo ejercicio de los sentidos, y la fatiga consiguiente. Cuando llega *la hora*, todo el mundo está desprevenido. Si se es algo, la noticia irá en las secciones de crónica social de los periódicos, y a nadie se le ocurrirá que tal cosa pueda acontecerle. Las ofensas son más. La frecuencia del duelo es una de tantas manifestaciones. Otra, la destrucción de la vida en su germen, los fraudes del amor, las connivencias de M. y M<sup>me</sup> Saturno. La estadística enseña resultados increíbles, y la simple conversación con un portero instruye

como un libro. Las «hacedoras de ángeles» han ocupado tanto a la justicia, como la cirugía galante que abelardizó una crecida clientela de damas ultra-prudentes, partidarias de la despoblación francesa. Estos terribles menoscabos a la vida, son otros tantos insultos a la Muerte, que se ve privada de gran parte de su cosecha y suplantada en sus futuras funciones.

La burla es peor. Existe en Montmartre un *cabaret*, que puede ser considerado como uno de los templos en que mayor culto recibe la estupidez y la grosería humanas. Se llama el *cabaret du Néant*, y es una de las «curiosidades» que el recién llegado a París se ve obligado a visitar, inducido por el cicerone, por el amigo bromista, por la guía o por haber oído hablar del obscuro rincón en que se toma a la muerte como un inconcebible pretexto de bufonería. Apenas no habría consentido ese infecto bebedero, y en otra capital que no se llamase París no habría ni policía ni público para la siniestra farsa. La fachada del *cabaret* está pintada de negro y una lámpara verdosa ilumina la entrada. Ya en lo interior, os reciben unos cuantos *croquemorts* con saludos fúnebres, y os llaman la atención las decoraciones absolutamente mortuorias. Calaveras, tibias, esqueletos, inscripciones tumbales hieren la vista en las paredes; y las mesitas para los consumos, están substituidas por ataúdes. El *croquemort* que hace de mozo, al servir lo que se le pide, no deja de acompañarlo con comentarios escatológicos, y de evocar ideas de carroña y de inmundicia; las provocaciones al asco suelen ir acompañadas de insultos grotes-



cos, y todo esto, por lo general, es recibido por un público singular, con risas aprobativas:

Luego se pasa a una especie de teatrillo, en donde, por un juego óptico, se presencia la descomposición de un cadáver. Y he encontrado un típico personaje en ese antro: una infeliz muchacha, que cuando el lúgubre barnum pregunta al público: «¿No hay quien quiera hacer de muerto? y no surge de los asistentes el mozo ocurrente, o la joven lista, se presta—dos francos la noche—a la macabra apariencia. Se ve entrar a la persona en el ataúd, y se va advirtiendo poco a poco la lividez, la podredumbre, la cuasi liquefacción y el esqueleto. El resultado es un ¡uff! de desahogo, al salir de tan abyecta cueva. ¡Cuán lejos, en el camino de lo infinito, el fresco de Lorenzetti!

Tengo gran estimación por los médicos y gran devoción por la medicina, entre otras cosas, porque Esculapio es hijo de Apolo. Por esto mismo he sentido correr frío por mis venas cuando he oído a varios estudiantes de medicina ciertos informes y juicios. «Yo, señor, me dijo uno, voy a recibir mi título dentro de poco, pero ni ejerceré mi profesión, ni me pondré jamás en manos de un colega. ¿Me habla usted del desprecio de la muerte, de los chistes cadavéricos, de bromas de *carabin*? Aún hay algo peor en los internados. ¿Qué diría usted si le dijese que suelen verse y no con rara frecuencia, casos de absurdas necrofilias, e inconcebibles profanaciones por inicuos farsantes? Pues bien, el desprecio de la

vida, la burla de la vida, es algo que da escalofríos. ¿Ha leído usted *Les Morticoles*, de León Daudet? ¿Le han narrado casos curiosos? Yo le diré de uno observado por mí.

Llega un infeliz, el profesor diagnostica: apendicitis. Ya sabe usted la enfermedad que estuvo hace poco de moda. Va uno a operar. Se le abre el vientre al pobre paciente, se ve, y se encuentra que no tiene en absoluto tal apendicitis. El profesor, muy tranquilo: «¡Está bien, cósanle!» ¿No es esta la peor de las vivisecciones y la más horrible de las infamias?

Otro caso. Un marido, recién casado, va a consultar a un médico, acompañado de su señora. Era un asunto ginecológico. El matrimonio, rico. El doctor asegura al marido que hay que hacer una operación, una operación muy ligera, cosa de cortos instantes, «mientras usted se fuma un cigarrillo». Y el marido enciende el suyo, y se queda, no sin cierto temor, esperando los resultados de la carnicería, en la antesala. Yo, me dice mi amigo, tenía el cloroformo y otro ayudante el pulso; el doctor comenzó a operar, y a poco vi un chorro de sangre que se elevaba casi hasta el techo. No hubo remedio posible.

El médico, asustado, dijo: ¡*Ça y est!* Unos instantes después la mujer era cadáver; el ayudante tuvo que salir a dar la noticia al marido, pues el doctor tenía, y con razón, miedo de que le matara. Y como éste, otros tantos casos. Naturalmente, esto no lo dicen los Doyen, los Albarrán, los Mauclair. Otros me narran historias que serían hoffmanescas si no fuesen netamente repugnantes, de las horas.



inútiles del internado. Cuando el reciente hombre descuartizado, que es todavía incógnita para la policía, se supuso una broma de estudiantes. ¡Ah, las bromas! hay imbéciles que para asustar al profano, se lanzan hasta hacer sospechar, con ambiguas reticencias, ocurrentes antropofagias. Ante esta clase de internos, futuros doctores, me complazco en recordar a buenos amigos míos, del hospital San Roque de Buenos Aires, excelentes muchachos que cuando las fatigas de la obligación y del estudio concluían, pasaban sus horas libres hablando de arte, dibujando o interpretando en el armonium a Wagner, a Beethoven, a Grieg.

¿Y los vagos rumores de enfermedades sostenidas, de monstruosos abortos, de verdaderos asesinatos en favor de impertérritos herederos, de esos que han tenido su comentario mejor en una popularísima caricatura de Caran D'Ache, y los encierros de gentes en su sana razón en manicomios y casas de salud? Ciertamente; esto sucede en todas partes, y entre vosotros podéis señalar algunos ejemplos que la prensa ha hecho visibles y resonantes; pero en esta vastísima capital del placer, del oro, del amor, los hechos son muchos.

Los *camelots* venden juguetes macabros, el esqueleto se prodiga en dijes y pisapapeles. En una ocasión no lejana se dió un concierto en las catacumbas y se *flirtó* al amor de una sensación nueva. La poesía de Rollinat, que hoy ya nadie recuerda, tuvo muchos aficionados, y *Mademoiselle Squelette* muchos intérpretes. La Gran Histrionisa genial Sarah Bernhardt, hizo famoso su féretro-lecho. La duquesa

de Pomar, tocada de teosoffa, daba bailes en donde aparecía, según se dice, el espectro de María Stuart; y el des Esseintes de Huysmans, cuyo modelo en carne y hueso es el conde Robert de Montesquieu Fezensac, ofrecía comidas negras, a las que no hubiera tenido inconveniente en sentarse la sombra del Comendador.

Hay una literatura *faisandée*, que huele mucho a cadaverina con su poco de cantárida; a ella pertenecen, para señalar un ejemplo, ciertos cuentos de M. Jean Lorrain, caro a lectores reblandecidos.

La guillotina ha sido llamada por un escritor «el espectáculo nacional», como los toros de España; y hay gentes, sobre todo en un especial medio femenino, que buscan esos sangrientos pimientos eróticos, para condimentar deseos insaciados y animar ensueños viciosos.

Claro, que no es todo París, hay que fijarse bien y claramente, no es todo París, sin excepción; pues hay un París que trabaja y es inmenso ese París, y hay un París que reza, inmenso también, aunque parezca esto una eminente paradoja. Gran parte de la enfermedad está sostenida por la carne cosmopolita que dominguea en la ciudad fabulosa y maelstrómica.

Pero de un modo o de otro, París, en medio de su gloria, en medio de la alegre agitación de sus pecados amables y terribles; en medio de la avalancha de oro que un solo soplo de sus labios hace rodar al abismo; en medio de tantas músicas y canciones que no hacen oír las quejas de los de abajo, de los que están, *como los muertos*, en sus negras

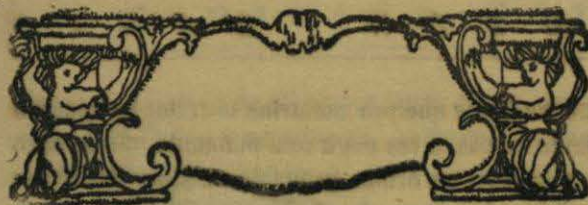


catacumbas, miseria y hambre; en medio de una primavera que presenta incesantemente sus flores y un otoño continuo que da sus frutos a los paladares favorecidos de la suerte; en medio de un paraíso de locura en que la mujer en su sentido más carnal y animal, es la reina invencible y la devoradora todopoderosa, ha olvidado que hay algo inevitable y tremendo, sobre los besos, sobre los senos, sobre la alegría, sobre la música, sobre el capital, sobre la lujuria, sobre la risa, sobre la primavera y sobre el otoño; y este algo es sencillamente la Muerte; la Muerte, a la cual se olvida, o se ofende, o se burla.

No hay que meter periódicos en el cráneo de los muertos, como el mozo del hospital Saint-Antoine. Se pueden poner al tanto de lo que pasa.

No hay que dar conciertos en las catacumbas. Se puede despertar la Muerte; y ponerse a bailar, como en la Edad Media...

Ese sería el desquite de la Muerte...



V

**U**n distinguido asesino inglés, o al menos apellidado Smith, ha intentado, con mal éxito, degollar a una vieja cortesana retirada, ya sin cotización en plaza, pero que tiene automóvil. Las señoritas de Pougy y otras Oteros, se han estremecido ante sus diamantes. En Maxim's la noticia del suceso hizo palidecer muchas caras bonitas. El hecho del día ha sido la preocupación de *esas damas*, que por mucho tiempo tendrán que pensar en los inconvenientes de su lucrativa carrera. Han parado mientes en que, en Babilonia y en el mundo *ou l'on s'amuse*, bajo una buena levita se oculta un buen estrangulador, y en que Smith es uno más en la lista de los Pranzinis, Prados y compañía.

¡Ah! estas graciosas desplumadoras de pichones y gallos viejos, encuentran de repente la garra de